

PRÓLOGO

Dr. Miguel González Guerra

Derivado del griego “πρόλογω” (decir antes, anunciar de antemano), el vocablo “prólogo” tiene en nuestro idioma el significado de “lo que es escrito en un libro, antepuesto al cuerpo de la obra” (DRAE, 1ª acepción). De esta forma, en sentido lato, el prologuista de una obra es una especie de “primer lector” de la misma, y ello imprime a su escrito una delicada responsabilidad, tanto frente al autor de dicha obra como frente a los futuros lectores de la misma.

En esta “privilegiada” posición nos ha colocado nuestro querido amigo y colega, Juan José Puigbó, al solicitarnos que tuviésemos a bien escribir el prólogo de la segunda edición de su trabajo “La fragua de la medicina y de la cardiología”.

Ante todo hemos de señalar que la magnitud de la obra de Puigbó hace absolutamente imperativo que los comentarios sobre ella sean precedidos por una, siquiera sucinta, referencia al autor.

En efecto, solo alguien con la amplia y dilatada experiencia profesional y docente (más de sesenta años), de Juan José Puigbó, amén de su bien cimentada formación cultural que incluye, cual genuina proyección actual de los médicos de antaño, claros conceptos de filosofía, arte e historia junto a sólidos conocimientos en varias lenguas, podría haberse decidido a abordar una obra de la envergadura de la presente. Lo anterior, sin embargo, está bien cimentado en su conocida bonhomía y su clara percepción del

valor que tiene la transmisión del conocimiento a las nuevas generaciones, profundos motivos estos que lo impulsan a desarrollar, en una obra como la presente, la poderosa afirmación de que “lo único que queda del ser humano en este mundo es lo que deja en los demás”.

Graduado *Summa cum laude* en 1948 en la Universidad Central de Venezuela, rápidamente es atraído hacia el área de la cardiología, para cimentar la cual realiza estudios en prestigiosas instituciones del exterior, entre ellas el Instituto Nacional de Cardiología (México), el *Presbyterian Hospital* (Philadelphia), el *Karolinska University Hospital* (Estocolmo) y el *Children Hospital* (Houston, Texas).

Su densa producción literaria entre libros y artículos para revistas científicas, particularmente en el campo de la cardiología, muestran sobradamente ese señalado rasgo que lo identifica como alguien que sinceramente desea que su saber y su experiencia no queden bajo su exclusivo dominio sino que ansía compartirlos con todos aquellos a quienes pueda hacerlos llegar.

En ese marco se inscribe la presente obra: “La fragua de la medicina clínica y la cardiología”, cuyo título obliga ya a ciertas precisiones conceptuales. En primer lugar, la palabra “fragua” está ciertamente tomada, en sentido figurado, del área de la Arquitectura en la cual el verbo fraguar significa “Trabar y endurecerse consistentemente

en la obra fabricada con cal, yeso, u otras masas” (3^a acepción). Evidentemente, en el libro de Puigbó, el sentido figurado se refiere al material necesario (constituido, en este caso, por las ideas y trabajos de diferentes autores a través de la historia), mientras que la obra a ser trabada y endurecida (entiéndase, bien estructurada), está representada específicamente por la medicina clínica y la cardiología.

Puigbó es un eminente cardiólogo venezolano, maestro de generaciones de oficiantes de esta especialidad en el país. Sin embargo, a pesar de ello (quizás sería más apropiado decir que precisamente por ello) ha logrado sustraerse a la universal tendencia a enquistarse en la visión sectorial de la medicina tan propia de la altamente tecnificada y extraordinariamente ramificada especialización actual. De hecho, es evidente que no está en la intención del autor escribir un texto de historia de la medicina en el sentido universal del término en que vieron la luz pública las monumentales obras del germano Karl Sudhoff (1853-1938), considerado por algunos como el primer historiador contemporáneo de la medicina, el franco-suizo-norteamericano Henry Sigerist (1891-1957), el italiano Arturo Castiglioni (1874-1953) y el español Pedro Laín Entralgo (1908-2001), por citar solo algunos, incluyendo, con sobrados méritos a nuestro siempre bien recordado Miguel Zúñiga Cisneros (1897-1984), a quien otro eminente historiador médico de la España peregrina, Francisco Guerra Pérez-Carral (1916-2011), nos expresara personalmente que le profesaba sincera admiración y respeto.

Sin embargo, a pesar de que el centro de su atención, al escribir este libro, ha sido, desde luego, lo referente a la evolución histórica de la cardiología, ha tenido el valioso y meritorio acierto de enlazarla, paso a paso, con un concepto ciertamente más amplio, cual es la medicina clínica, mostrando, con lujo de citas, la íntima relación de la cardiología con otras perspectivas de la medicina. Incluso la utilización del término

“medicina clínica” es acertado y pertinente por cuanto, siendo esta la “rama de la medicina que estudia y trata las enfermedades mediante la exploración directa del enfermo”, puede el autor, sin ningún esfuerzo adicional, desarrollar apropiadamente el propósito central del trabajo (la fragua de la cardiología) en perfecta correlación con otras áreas de la medicina, conectadas como están, evidentemente, a través de la exploración directa del enfermo.

El desarrollo del trabajo está centrado básicamente en la llamada medicina occidental, cuyo nacimiento (Capítulo III) enmarca Puigbó en el aporte greco-romano. Sin embargo, en una muestra de lo que significa la unidad del pensamiento humano en general y del pensamiento médico en particular, tiene el acierto de establecer una definida conexión con la medicina del Antiguo Egipto (Capítulo II), tal como muestra la referencia de que Herófilo de Alejandría (c.335-c.280 a.C.) fue el primer médico occidental que, tras el contacto greco-egipcio derivado de la proyección histórica de Alejandro Magno, hizo el primer contaje registrado del pulso en la medicina occidental, hecho que, precisamente, ya estaba referido en el Papiro de Edwin Smith (alrededor de 1700 años a.C.). Vale la pena evocar aquí los muy interesantes escritos chinos sobre el tema del pulso, entre ellos el 秘密脈衝 (Mai Chueh o Mo Chueh) o Secretos del Pulso, atribuido a Pien Ch'iao hacia el siglo VI a.C., y el 本書脈衝 (Mai Jing o Mo Ching) o Libro del Pulso, atribuido a Wang Shu He alrededor del siglo III a.C., en todo caso posteriores al Papiro de Smith.

Tras la referencia egipcia, y siguiendo un criterio fundamentalmente cronológico, el autor va exponiendo en forma pormenorizada, a lo largo de los siguientes nueve capítulos (IV-XII), la evolución de la cardiología, enlazándola siempre con los avances y conquistas en los campos anatómico, fisiológico, anátomo-patológico, diagnóstico y terapéutico de la medicina y sus apoyos experimentales, a medida que van

derivando de la exploración directa del enfermo. Así, nos presenta en bien hilvanada secuencia La anatomía del Renacimiento, ahora real y fielmente humana (Cap. IV), el descubrimiento de la circulación pulmonar (Cap. V), el inicio de la fisiología moderna (Cap. VI), el renacer de la medicina clínica (Cap. VII), la anatomía patológica (Cap. VIII), los progresos realizados en el examen físico (Cap. IX), el desarrollo de la moderna fisiología científica (Cap. X), la descripción pionera del angor pectoris y el inicio del estudio clínico de la enfermedad (Cap. XI), los inicios de la terapéutica cardiovascular (Cap. XII), el conocimiento sobre el sistema específico de conducción intracardíaco (Cap. XVII), el nacimiento de la electrocardiografía, tras el reconocimiento de la actividad eléctrica del corazón humano (Cap. XVIII) y las bases de la fisiología contemporánea (Cap. XIX).

En el desarrollo de un trabajo de carácter histórico, además de la presentación de las ideas y de los hechos que le son propios, es preciso hacer justicia histórica a quienes dieron vida a esas ideas y esos hechos. Puigbó no descuida este aspecto. En los capítulos mencionados hace justiciero y expreso reconocimiento en todo momento a quienes nos han dejado su aporte para el progreso de la medicina y de la cardiología. Lo hace en todos los capítulos, y así va desgranando los inmortales nombres de Andrea Vesalio (1514-1564), William Harvey (1578-1657), Thomas Sydenham (1624-1689), Marcello Malpighi (1628-1694), Giovanni Maria Lancisi (1654-1720), Hermann Boerhaave (1668-1738), Giovanni Battista Morgagni (1682-1771), Albrecht von Haller (1708-1777), William Heberden (1710-1801), Leopold Auenbrugger (1722-1809), Edward Jenner (1749-1823), Xavier Bichat (1771-1802) y tantos otros, innecesarios de enumerar aquí, pero de muy fructífera lectura en el texto.

Este enfoque lo mantiene en los capítulos XIII al XVI, dedicados a destacar figuras pioneras de la medicina y la cardiología, específicamente en

países cuidadosamente seleccionados: Francia (Cap. XIII), Gran Bretaña (Cap. XIV), Alemania y Austria (Cap. XV) y Estados Unidos y Canadá (Cap. XVI).

El último capítulo (XX) lo reserva el autor para hacer reconocimiento a ciertas personalidades de raíz española que han dejado honda huella en la medicina latinoamericana, especialmente en la venezolana, desde la pionera figura de Lorenzo Campins y Ballester, el indiscutible fundador de los estudios médicos (Cátedra de Prima de Medicina) y del control del ejercicio médico o (Protomedicato) en Venezuela (siglo XVIII), pasando por la magistral influencia, entre otros, de Santiago Ramón y Cajal (1852-1934), Gregorio Marañón (1887-1930), Roberto Novoa Santos (1885-1933), Agustín Pedro Pons (1898-1971) así como de los aventados por la Guerra Civil Española (1936-1939) que, providencialmente, trajeron los nuevos aires de una medicina remozada, pero prácticamente desconocida en nuestro país (Augusto Pi Suñer (1879-1965), Manuel Corachán (1881-1942), José Sánchez Covisa (1881-1944), entre otros

En su esfuerzo integrador, Puigbó apunta también al reconocimiento y la importancia de dos líneas de tendencia que, tras las inevitables modificaciones derivadas de la decantación propia de la evolución histórica, se reconocen hoy como perfectamente compatibles y complementarias, aunque parecieran absolutamente incompatibles a sus iniciales defensores. Ellas han sido, por un lado, la concepción anátomo-clínica, cuyo desiderátum es ubicar la lesión anatómica presuntamente responsable del respectivo cuadro clínico mientras el paciente está vivo y sin abrirlo; la otra es la llamada doctrina etiológica, cuyo propósito establecido es llegar a identificar el germen causante de cada cuadro clínico bajo la premisa de que, forzosamente, tiene que haber alguno que le sea específico. No son hoy las únicas líneas de tendencia histórico-médica, pero son un excelente ejemplo de cómo actúa la dinámica evolutiva en el desarrollo de la

medicina.

Asimismo, Puigbó deja perfectamente establecida, como modelo de acercamiento para estudiar la historia de la medicina, la íntima e indispensable correlación existente entre la evolución de esta y las condiciones culturales y científicas imperantes en cada momento, ya sea como estimulantes o como limitantes del progreso médico. Baste señalar, en este sentido, la referencia a Claudio Galeno como una “figura cimera, pero paradójica” en la historia de la medicina. En realidad, por una parte, su impacto ha sido tan profundo que su nombre ha quedado convertido en sinónimo del oficiante de la profesión médica, en tanto, por otra parte, es hoy de universal aceptación que en muchas de sus afirmaciones existen graves errores y grandes debilidades.

Esta paradoja se resuelve realmente teniendo presente que si, por una parte, las ideas de Galeno se mantuvieron prácticamente inmodificadas durante más de mil quinientos años, es absolutamente evidente que tan prolongado predominio no fue, ni pudo haber sido, causado por el propio Galeno, sino por el poderoso apoyo que le fue proporcionado tanto desde la perspectiva cristiana como de la islámica (requeridas, por cierto, de un mejor y más cuidadoso análisis histórico-cultural), que convirtieron sus planteamientos en verdades innegables, en una aplicación literal del concepto de dogma (proposición que se asienta por firme y cierta y como principio innegable de una ciencia (DRAE, 1ª acepción) que, a su vez, es en realidad

una derivación un tanto restringida del griego concepto de δόγμα (opinión, parecer, decisión).

En este orden de ideas, la obra de Puigbó, al mismo tiempo que hace brillar la dinámica evolutiva de la medicina clínica y la cardiología, contribuye a que no olvidemos la falibilidad inmanente a su humano origen, haciendo valederas las palabras de Castiglioni:

“...la medicina stessa è in un periodo continuo di formazione... .. e non v'è forse nessun errore che non contenga un granello di verità, e nessuna verità, per quanto essa possa sembrare luminosa ed assoluta che non contenga un granello d'errore”

“...la misma medicina está siempre en proceso de formación... .. y tal vez no hay ningún error que no contenga un grano de verdad, y ninguna verdad, por luminosa y absoluta que parezca, que no contenga un granito de error...”.

En última instancia debemos señalar que la lectura de este libro de Puigbó ha sido para nosotros de particular satisfacción, por lo que la consecuente redacción de este prólogo de la segunda edición (como “primer lector”) ha sido especialmente agradable. De hecho, estimamos que es una obra que debe tenerse siempre a mano a efecto de que sirva de periódica consulta para refrescar el hilo del desarrollo de la medicina clínica y la cardiología en el mundo occidental, fuente de inspiración y evidente aprovechamiento.